



SEDA

BARICCO, Alessandro

Traducción de *Mario Jurisch*,

Bogotá: Editorial Norma, 1997, 125 pp.

Reseña: Mónica Montes Betancourt

Profesora del Instituto de Humanidades

Alessandro Baricco (1958) cataloga el ritmo y la textura de su novela como música blanca. Es fácil conectar con esa sensación en un relato urdido desde la esencia, la cotidianidad, el instante capturado. Su estructura es enemiga de la grandilocuencia: las palabras con las que alimenta la narración están desprovistas de la pretensión de ser memorables; lo que importa en ellas no se agota en sus caracteres, sino en lo que queda cuando desaparecen, en sus resonancias. Advierte *Baricco*:

Todas las historias tienen su música. Ésta tiene una música blanca. Es importante decirlo porque la música blanca es una música extraña, a veces te desconcierta: se toca piano y se baila despacio. Cuando la tocan bien, es como oír tocar al silencio, y a los que la bailan como dioses los miras y parecen inmóviles.

En *Seda* son música blanca sus personajes, su estructura, el argumento: delicados y sugerentes como la túnica de seda japonesa que consiguió *Baldabiau* -uno de sus personajes-, el hombre que incitó al protagonista, *Hervé Joncour*, a abandonar su carrera militar para dedicarse a comprar y vender gusanos de seda-, porque tocarla era como tener entre las manos la nada.

Esa sensación ligera es común en la totalidad de la novela. Restar gravedad al lenguaje, reducir la complejidad de las escenas y descargar las descripciones son instrumentos desde los que Baricco permite al lector atravesar grafía y papel hasta atrapar el origen, el pensamiento inicial del autor. Así es *Seda*, una narración exquisita en la que simplicidad y cotidianidad encarnan antídotos contra la indiferencia.

Su sensibilidad artesanal permite entender el éxito del que *Alessandro Baricco* disfruta: no sólo es reconocido como un fenómeno literario, también ha sido catalogado por la crítica como el mejor escritor italiano contemporáneo. *Baricco*, el demiurgo, rescata las imágenes y los segundos del ovillo de estímulos que constituyen la cotidianidad. La historia surgió de una narración que escuchó mientras esquiaba y que se alimentó con su obstinación hasta desatarse de extremo a extremo sobre el papel.

De estos rituales creativos brotó la historia de *Joncour*, “uno de esos hombres a los que les gusta asistir a su propia vida, considerando impropia cualquier obsesión de vivirla”.

...Cada año, a principios de enero, partía. Atravesaba mil seiscientas millas de mar y ochocientos kilómetros de tierra. Escogía los huevos, discutía el precio, los compraba. Después se volvía, atravesaba ochocientos kilómetros de tierra y mil seiscientas millas de mar y entraba

de nuevo en Lavilledieu, de ordinario el primer domingo de abril, de ordinario a tiempo para la Misa Mayor.
Trabajaba todavía dos semanas más para poner a punto los huevos y venderlos.
El resto del año, descansaba. (pág. 9)

La existencia simple de Joncour parecía inalterable hasta el inicio de sus viajes al Japón. La novedad de la cultura, el encuentro sutil con la mujer que acompañaba a Hara Kei -su contacto para obtener los huevos de seda- despertaron su inquietud. Los gestos sutiles de ella, su mirada "...con ojos perfectamente mudos, a siglos de distancia..." o el roce de la taza de té de la que había bebido, precipitan su ansiedad.

La historia entre los dos no alcanza otras concreciones por la naturaleza misma de los personajes y por la guerra en el Japón que marcó el final de las expediciones de Joncour. Si algo se había transformado en él, si su gesto apacible no era el mismo, una carta devolverá la vida del protagonista a su cauce habitual. Al morir su esposa, descubrirá que ella la escribió como legado para devolverle una vida sin sobresaltos.

Seda trasluce un pretexto para permitir que Oriente y Occidente confluyan en una historia grácil y elemental. Si el *Haiku* -una de las manifestaciones de la poesía japonesa- recupera el instante desde el que los cambios se precipitan, el relato de *Baricco*, la historia de *Joncour*, encuentra su clímax en una búsqueda creativa similar. Sin embargo, como ocurre en el *Haiku*, la fuerza de la historia no reside en la mutación, sino en la quietud y en la calma que se experimentan después.